

Xavier Casp, María Beneyto, José Albi, Vicente L. Simó Santonja, Francisca Aguirre, Juan Mollà, Antonio Porpetta, Miguel Veyrat, Antonio Hernández, Pedro J. de la Peña, Jenaro Talens, Alfonso López Gradolí, Guillermo Carnero, Dolores Alberola, Antonio Cabrera, Ricardo Bellveser

100



2005

ELS PLECS DEL MAGNÀNIM

Colección dirigida por Ricardo Bellveser

100

© De los autores, 2005

© De la presente edición:

Institució Alfons el Magnànim

Diputació de València, 2005

Corona, 36

46003 València

iam@alfonselmagnanim.com

www.alfonselmagnanim.com

Dibujo de la cubiertas y letras capitulares de Juan Ramos

Depósito Legal: V-3275-2005

Imprenta Lluís Palacios, Sueca

Al llegar al número 100 de los *Plecs del Magnànim*, hacemos una primera antología de los poetas que hasta ahora han publicado en esta colección.

Els plecs del Magnànim es un Plan de promoción del autor valenciano y español, que lleva a cabo la Institució Alfons el Magnànim de la Diputació de València consistente en la publicación de un conjunto de poemas, de relatos o de prosas, que son simultáneamente traducidos a las principales lenguas habladas en los territorios del Rey Alfonso II de Valencia, V de Aragón, IV de Cataluña y I de Mallorca y Nápoles, esto es, castellano, valenciano, portugués, francés, italiano y árabe.

Estos *plecs* (pliegos) se distribuyen gratuitamente entre hispanistas, profesores universitarios, críticos literarios, creadores, departamentos de literatura de las Universidades y lectores de editoriales de los distintos países, esto es España, Francia, Portugal e Italia, en una actividad combinada con el Instituto Cervantes de España que es quien los distribuye, y los reparte por sus centros en todo el mundo.

Junto a los poéticos, también se han editado *plecs* con relatos u obra en prosa de Vicente Soto, Enrique Cerdán Tato, José Luis Aguirre, Vicente Muñoz Puelles, Eduardo Alonso, Miguel Herráez, Miguel Catalán, María García-Lliberós y Gonzalo Moure.

Amor blanco

Si soy poeta del agua
para todo el que sed tiene
tendré que decir de corazón
cúal es el manantial de la fe.

No llevaré nunca mi cántaro
para ofreceros mi vaso,
porque ya ha tomado el gusto
a caminos de mi esfuerzo.

¿Cómo diré el himno secreto
del laurel en la penumbra?
¡Qué quieto se está el silencio
en cada palabra sosa!

Pero es que necesito decir de corazón
cúal es el manantial de la fe,
porque poeta del agua
es quien ama a quien tiene sed.

XAVIER CASP
De *Soy quien soy*

Estrellas

Aún está la raíz profunda
allá en la tierra, siempre ocultándose,
siempre ignorando sus savias dulces,
su fuerza antigua, su flor nonata,
sus resignados tallos, sus hojas,
tan maceradas por la impaciencia.
Cedo al impulso de sorprender esa paz remota,
le pongo límites y hasta alambradas
a toda guerra,
(la que yo llevo, la guerra mía).
Pocas estrellas predicen sueños inaccesibles.
No quieren verme pálida y torpe.
Lo que yo canto, siempre sonámbula,
siempre dispersa,
dando alquiler a la voz que llora,
no les complace.
En las mujeres apaleadas, los hombres trágicos
y las siluetas que allá muy lejos, en calles turbias
vacilan, caen, van a la muerte
como amparándose en sus dominios casi maternos,
no reconocen a la tristeza.
Y yo me llevo dentro, en los ojos,
a aquel muchacho de pelo hirsuto
acurrucado contra el silencio
donde contiene lágrimas rotas, músicas sucias
interpretando el drama indigente
de sus derrotas.
No quiere verme por los dominios de la pureza
eso que brilla distante, lejos.
Sobra la angustia en las perfecciones

de lo que huye al olor humano,
el terrenal acontecimiento
de ese futuro que está en nosotros y ellas olvidan
con los destellos, con las mil luces
que sólo ofrecen cuando no estamos,
cuando hemos ido
a nuestro adusto oficio de sombras,
ánforas vivas de sangre y fiebre,
caricaturas del ángel ciego
que nos protege con su ceguera.

MARÍA BENEYTO
De Casi un poco de nada

IX

Pero yo me pregunto: «¿Cómo llega un espejo a nuestra vieja tienda destartalada y húmeda?». Ya sé que vendo cosas insólitas. «Antiguas», dice alguno. Monedas; decrépitos armarios donde alguien guarda el tiempo; relojes donde el mundo naufragó ya hace siglos. Remos. «¿Remos, por qué?». Nadie responde. Nadie.

«Nadie», va repitiendo la soledad del día. Vendemos almireces y morteros, por si alguien machacar pretendiera su tristeza y no hallase la furia necesaria.

Libros encuadernados en pergamino: púnicos, ostrogodos, cretenses, y aquél, púrpura y oro, como un traje de luces, que hizo San Isidoro de puño y letra. «Dicen...». No afirmo ni atestigo nada.

Pero hay veces, que conste, que de ese libro surgen mínimos rayos, luces azules y rosadas, sonidos de liras, de ocarinas, clavicordios. No hay nadie que lo niegue; aunque el caso es que nadie suele pasar por esta su casa, señor mío. Uno siempre está solo.

JOSÉ ALBI
De *El anticuario de los diez espejos*

Estar quietos buscando fantasías
cuando el día presente la mañana
sin llorar por la noche más humana
con anhelo de noches y de días.

Nuestra sangre dolor de compañías
en reposo festeja su solana
más allá de paredes sin ventana
que solo desesperan travesías.

Dentro nuestro se ve todo tan quieto
tanta la paz invade nuestras faces
que parece calmar lo más inquieto

de momentos más íntimos fugaces,
absortos de pensar en el secreto
de remansos, estrellas y de paces.

VICENTE L. SIMÓ SANTONJA
De *Sonetos nostálgicos*

Frontera

Yo, que llegué a la vida demasiado pronto,
que fui —que soy— la que se anticipó,
la que acudió a la cita antes de tiempo
y tuvo que esperar en la consigna
viendo pasar el equipaje de la vida
desde el banco neutral de la deshora.

Yo, que nací en el treinta, cuando es cierto
—como todos sabéis— que nunca debí hacerlo,
que hubiera yo debido meditarlo antes,
tener un poco de paciencia y tino
y no ingresar en ese tiempo loco
que cobra su alquiler en monedas de espanto.
Yo, que vengo pagando mi imprudencia,
que le debo a mi prisa mi miseria,
que hube de trocear mi corazón en mil pedazos
para pagar mi puesto en el desierto,
yo, sabedlo, llegué tarde una vez a la frontera.

Yo, que tanto me había anticipado,
no supe anticiparme un poco más
(al fin y al cabo para pagar
en monedas de sangre y de desdicha
qué pueden importar algunos años).
Yo, que no supe nacer en el cuarenta y cinco,
cometí el desafuero, oídlo,
de llegar tarde a la frontera.

Llegué con los ojos cegados de la infancia
y el corazón en blanco, sin historia.

Llegué (Señor qué imperdonable)
con nueve años solamente.
Llegué, tal vez al mismo tiempo que él
pero en distinto tiempo.

No lo supe.
(Oh tiempo miserable e injusto...)
Estuve allí —quizá lo vi—
pero era tarde.

Yo era pequeña
y tenía sueño.

Don Antonio era viejo
y también tenía sueño.

(Señor, qué imperdonable:
haber nacido demasiado pronto
y haber llegado demasiado tarde.)

FRANCISCA AGUIRRE
De Triste asombro

Historia de la piedra

Borrada por la luz brutal del día,
cada tarde, al crepúsculo, despierta.
Es una roca enhiesta entre otras rocas,
en la ladera descarnada y vieja.

Su silueta recobra entre las sombras
un perfil casi airado, casi aullante,
un puño en pie, surgiendo de las ruinas
desmoronadas por la gran catástrofe.

Nudillos destrozados, ya sin forma,
conservan aún su furia. Los tendones
de sus aristas tensan aún su fuerza.
Masa de piedra hundiéndose en la noche.

La piedra no recuerda, pero guarda
claras señales en su piel. Indicios
y mensajes grabados que algún día
alguien descifrará: Letras y signos

que relatan su historia, peripecia
minuciosa y muy lenta de otra historia
escrita en cordilleras y desiertos,
con palabras de abismos y de olas.

Inútilmente la contemplas. Nada
te revela su bronca geografía.
Y su historia, lo sabes, es tu historia.
Su vida es tan fugaz como tu vida.

JUAN MOLLA
De La selva y otros sueños

El mar llegó contigo

Yo nunca tuve el mar:

mi infancia oscura
fue una siesta de cobre en alacenas
donde todo era fuego y jaramago,
donde todo era un rito de orfandades,
de pupilas vacías.

El mar era mi llanto:

gaviotas en mi frente
me hablaban de esa patria, dibujaban
sus azules fronteras,
su extensa libertad, su luz sonora.

Y yo en mi ausencia,

niño triste y cansado,
viendo pasar los días.

Pero llegaste tú,

y el mar llegó contigo.

Traías en tus manos la pulpa de las olas,
brilladora y furtiva, en tu pelo
un rebullir de peces asombrados,
y en tus ojos isleños
como un viento salino que cantara.

Era tu piel de arena, tu cintura
una tierna bahía,

tus pechos desbocados un refugio
de veleros sin sueño,

hasta en tu voz guardabas

un no sé qué de brújulas y espumas.

Y te acercaste a mí:

en tus acantilados
yo vi nacer el sol,

ALMA, YO TE APRENDO
cada vez que llega
un muerto nuevo
a fundirse con la esencia
de aquél hombre
—también ciego y no mortal
que conmigo sobrevive.
Pero remo todavía
por las vetas
de la plata silenciosa
y ayudo al viento
a robar más soma por Oriente.
Juntos confiscamos
individuos a mi especie
para reír y jugar felices
a creerlos inmortales.

MIGUEL VEYRAT
De *El cielo vacío*

LA MEMORIA NOS CONSTITUYE

como la nube al río, la madera a la llama:
fluye lo que alimenta, alumbra lo que arde.
Y cara a la vejez, como escribió Apolonio,
es el bolso a llenar
con la imaginación y la belleza.

Queda pues a la orden
del corazón y sus arbitrios
por lo cual es un paso luminoso
hacia delante con la huella herida.

La memoria es así la luz del paraíso
que tampoco lo fue y no podrán quitarnos
hasta alzada la muerte.

Por tanto, el paraíso
comienza junto al mar según recuerdo,
junto a este mar, en esta misma playa,
por agosto, y dibuja una familia
proclive a estar unida, pero
que cantaba zarzuelas —reflejo de un talante
de mercado o de patio comunal—
y nunca leyó un libro.

Su retrato es su herencia, si miro de reojo,
cantando entre la gente, vestidos de bañistas,
y aunque todos pasamos por distintas etapas
en nuestras vidas, puedo
asegurar que estamos más bien favorecidos
si descarto el ridículo canoro.

Hay, sin dudarlo, un trato favorable
desde mi alejamiento que ha olvidado
rencillas personales, discusiones,

situaciones difíciles al paso de los días
tornados laxitud: la lucha por la herencia,
las duras particiones por las que desistieron
de cantar avenidos
las cosas de *El barbero* y *Doña Francisquita*.
Y bien que no debieron ser importantes porque
en nada se adivina el mal entre nosotros
con la piedad que regalan los años
y la memoria arguye.

E incluso elogiaría.
a mis tíos y tías de no ser porque un rastro,
más fuerte que el olvido y la benevolencia,
me lo tiene negado y se marca en la foto:
contra la gran protesta al fondo de las olas
recordar su mal gusto de zarzuela
por el que no ha pasado ni ha de pasar el tiempo.

ANTONIO HERNÁNDEZ
De Mare nostrum

Cerca del Paraiso

(Río Flores, Guatemala)

Recuerdo la montaña, un tejado armonioso
poblado de verdura, cabañas, tierras ocres...
El gran río escondido. Caballistas ajenos
que bañaban sus cuerpos untados en la lluvia.
Vivas flores silvestres crecieron a los lados.
Un buitre hermosamente meditaba el sombrío
gesto de su garganta. Negras hojas sumían
todo el color del mundo a una intacta negrura.

Entonces ví que el río era un árbol sonoro,
un gigante caído de una cascada turbia
que agitaba sus ramas con un vuelo de pájaros
y llevaba en sus frutos reflejos tornadizos...
Los perros que ladraban en un sol muy lejano
parecían estrellas de voces cautivadas...
Supe que todo aquello condenaba aquel beso
a ser rumor del agua camino de un olvido.

PEDRO J. DE LA PEÑA
De *El viaje*

Cómplice del alba

El fuego de tu cuerpo me desarma,
sabe dónde está el sol que no termina.
Inmune a la tiniebla, míralo, cómo fluye,
cómo invoca una muerte que no es muerte
sino fulgor. Tú, cómplice del alba,
dime ahora, cuando el otoño empieza a florecer,
por qué diciembre olvida el fuego impetuoso,
el olor de los gestos que la avidez nombraba sólo
[para mí,
y es sólo un frío opaco
donde el color del tiempo se derrama
con un zumbido de inmovilidad.
Escucho su silencio sin rencor,
esa ligera brisa con que azota mi rostro.
Tendremos que aprender que el tiempo no conoce
fidelidad sino aventura.
Es un dulce ejercicio, como respirar.
Igual que aquellas lágrimas borradas entre gotas de
[lluvia,
el tiempo, amor, nos hizo tan distintos e iguales
que ser tú y yo no importa demasiado.
Uno al lado del otro
tal vez nos cubra el frío, no la oscuridad.

JENARO TALENS
De *Lugares*

Cerrar los ojos, recordar lugares

Cerrar los ojos, recordar lugares,
ahora con la noche muy propicia.
Ciudades que tuvimos, las mañanas
perdidas que nos dieron experiencia,
los ojos que ya no podrán mirarnos.
Quizá con esta voz sugeridora,
está finalizada la tristeza,
felices ya de nuevo, que sabemos
que alguien mira mar junto a nosotros.
Quizá con esta voz que nos pregunta
si sabe el hombre dónde irá, la piedra
que somos y los años van puliendo
—quemándonos, quitándonos— los años
que sólo son un nombre, presentidos
recuerdos o las tardes más felices.
Cerrar los ojos mientras tengo voces
en esta noche de verano, restos
y restos de recuerdos. Los proyectos
mejores; que se miran unos ojos:
la vida es futuro solamente.

ALFONSO LÓPEZ GRADOLÍ
De La señalada tierra

Me has quitado la paz de los jardines

Me has quitado la paz de los jardines,
la gama de los verdes, desde el negro
húmedo en el arrullo de la gruta
al Abril esmeralda y amarillo,

la detención del agua y de la luz
en el tiempo redondo de las fuentes,
cáliz de certidumbre sin fisura
como cofre en el brillo de su laca;

la inacción del espejo agavillando
el rojo de las luces caedizas
de la tarde: tuviste mucho filo
para cortar lazada tan estrecha,

cegar los relucientes surtidores,
apagar el rumor de los arroyos
que encendían la sombra y el silencio
al repetir tu nombre derramado;

olvidar los morosos desayunos
—brioche y plumcake en pañizuelo
con encaje rizado sobre plata
y doce rutilantes confituras—,

las noches de verano que solían
poner rumbo al estrecho deleitoso
dejándose llevar por la corriente
de la caricia de un mantel de hilo.

Me has quitado el refugio de los mapas,
la fuga de las cifras y los nombres;
hoy la velocidad sólo me trae
un borrón de pavesas incoloras,

las cenizas del lujo y la distancia,
las heces de esa luz que no consigue
amanecer en cielos tan redondos.

Así me has destejido la memoria,
y los sucios jirones y los pétalos
que fueron una vez una guirnalda
se pudren en la senda hacia la noche
en la que llueve sin perdón el tiempo.

GUILLERMO CARNERO
De Sepulcros y Jardines

Retrato de mujer

Ella había crecido
bajo el pilar del templo y la armadura.
Sabía de las eras que no eran,
de las brujas quemadas en Salem,
de Galileo ardiendo como un sol gravitado,
de Servet con la sangre vertida en la quietud.
Ella había cantado
al sol, como quien tiende un brazo.
Sabía de mujeres en mezquitas de higiene,
lavando su colada y de las cosas
que una guerra dejaba calcinadas.

Sabía de caer –cada peldaño, un rictus
de pecado en el rostro,
en la falda naciente de belleza,
en el encaje hostil de los pezones,
en los labios que gritan por poseer más labios–.
Sabía de esplendores
en las yerbas marchitas de los cines.
Sabía de esa escena en que Sacco y Vanzetti
cruzaban el vacío de la historia.
De lo que nunca debe tocarse con los dedos.

Ella había crecido y añoraba
poder plegar sus alas contra un cuerpo.

DOLORS ALBEROLA
De Esa mujer de Lot

Mi rostro, en primer plano, abisma su mirada
en mi mirada idéntica. Tras él,
las cosas que a mi espalda son reales,
en el cristal, detrás de mí,
vacilan y se hunden:
veo la puerta en su destierro súbito,
pintada con barniz de brillo falso,
y un trozo de pared incomprensible, frágil,
y en el fondo, aturdidas,
unas últimas cosas casi ausentes
flotando en ahogada semejanza.

Al ocultarte
al otro lado de esta opacidad tan clara,
inútil torso, gris perdido,
¿en qué limbo te borras un instante?
¿Qué es este vértigo
de rostros sobre rostros y sombras sobre sombras?
¿Qué son estas miradas
que van al esplendor y en luz se enturbian?

Contemplo la belleza y soy un velo.

Imprevisto cristal, vidrio inmutable,
¿quién conoce, quién ve, quién no confunde?

ANTONIO CABRERA
De 20 poemas

Vita breve

La vida es breve,
más sin embargo es lo bastante larga
pues muchos de sus días se repiten
y solo son pequeños desperdicios,
de un tiempo contumaz e innecesario.
No todo ha sido, en fin, como creímos.

La vida es larga,
pero es corta, apenas un suspiro,
aún conservo en los labios el sabor
del fértil dulce de juventud vino,
cuando se están amargando sus gotas
y se agrietan de los labios los contornos.
Es tan breve que apenas empezamos
y ya concluimos.

Tan larga que a veces nos fatigamos
como si esto fin nunca tuviera.
Tampoco podemos corregir nada:
vivimos en borrador imborrable,
la mancha de cada error nos acompaña.

Para lo corta que es la vida,
viene a resultar demasiado larga.
Para lo larga que se hace la vida
más bien parece que se queda corta.

RICARDO BELLVESER
De Paradoja del éxito

La edición del número 100 de
ELS PLECS DEL MAGNÀNIM,

100

de Xavier Casp, María Beneyto, José Albi,
Vicente L. Simó Santonja, Francisca Aguirre, Juan Mollà,
Antonio Porpetta, Miguel Veyrat, Antonio Hernández,
Pedro J. de la Peña, Jenaro Talens, Alfonso López Gradolí,
Guillermo Carnero, Dolors Alberola, Antonio Cabrera y
Ricardo Bellveser,

se ha estampado sobre papel Torreón,
tanto el interior como la sobrecubierta,
y con tipografía Didot para el texto.

Se terminó de imprimir
el día 25 de mayo de 2005,

en Sueca,

en los talleres de imprenta
de Lluís Palacios

